

Tres vidas pequeñas y un resplandor

María Graciela Rodríguez*

RESUMEN: Este trabajo presenta una reflexión acerca de una experiencia etnográfica que tuvo como centro a los mensajeros en moto de la Ciudad de Buenos Aires, a partir de la cual he intentado reconstruir sus prácticas cotidianas y su precipitación coyuntural, y consecuente visibilidad pública, en prácticas de beligerancia popular en diciembre de 2001. En esta presentación me propuse regresar a mis notas de campo para realizar una aproximación más detallada de lo reconstruido etnográficamente, y producir una discriminación cualitativa de esas prácticas a partir del enlazamiento de tres trayectorias biográficas similares pero que configuran modos diferentes de vivir y entender la militancia. Con ese fin, doy cuenta aquí de esas reflexiones, articulando los datos etnográficos con revisiones bibliográficas acerca de conceptos académicamente reconocidos y utilizados, tales como politicidad, acción política, autoridad y poder, para relativizar la propia perspectiva de las ciencias sociales.

Palabras claves: mensajeros – visibilidad – acción política – politicidad

ABSTRACT: The aim of this paper is to present some reflections on an ethnographic experience focused on motorbike messengers of Buenos Aires. The ethnographic experience has allowed me to reconstruct their everyday practices as well as their contextual precipitation, and consequent visibility, into belligerent practices in December 2001. My purpose has been to come back to the notes of my fieldwork book, and produce a qualitative discrimination of these practices by putting together three biographic careers which are basically similar and yet different in the way each person lives and understands the militant activity. In order to do that, I account for my reflections by articulating the ethnographic data with bibliographic revisions of academic concepts which are widely used and recognized, as political disposition, political action, authority and power, as a means of putting in perspective the own Social Sciences point of view.

Keywords: messengers – visibility – political action – political disposition

En el mundo puede darse la circunstancia de que llueva o la circunstancia de que no llueva y, entre ambas, en algún punto debe de estar la línea divisoria.

Haruki Marukami

Entre 2004 y 2006 realicé un trabajo de campo con los mensajeros en moto.¹ El ingreso al mercado de trabajo de los mensajeros fue casi coincidente con su acceso a la reputación pública, obtenida tras la aparición mediática en ocasión de las jornadas de diciembre de 2001.²

Me interesó conocer a estos jóvenes trabajadores que, en el marco de un espacio y tiempo laborales, fueron sorprendidos por la revuelta y salieron a la calle a protestar, a sumarse a las acciones de rebelión cívico-popular poniendo en juego unas prácticas

que realizan todos los días. Particularmente el jueves 20 puntuaron la secuencia de los hechos a partir de dos sucesos: la carga contra las Madres de Plaza de Mayo y la muerte del mensajero Gastón Riva. En esa puntuación, la práctica cotidiana de *fletear*³ se deslizó rápidamente hacia un accionar orientado al contexto: recogieron heridos y los llevaron a los centros de salud; transmitieron información entre columnas de manifestantes; enfrentaron a los caballos de la policía montada; intentaron cortar las barreras de los aparatos represivos que impedían el ingreso a la Plaza de Mayo; los combatieron con piedras; dieron vueltas triunfales al Obelisco ondeando banderas... En términos bourdieuanos, la participación de los mensajeros en la revuelta podría calificarse como de excelencia en el despliegue de su sentido práctico.⁴

Como resultado de sus acciones y de su forma expresiva, altamente noticiable, en días sucesivos los mensajeros ocuparon un espacio considerable en las superficies de los medios de comunicación. Fueron representados en la clave de una lectura épica donde abundaban rótulos tales como “Ángeles rugientes” o “Jinetes del asfalto”, lo cual produjo efectos de reconocimiento en el resto de la ciudadanía. Esta clave les proveyó a los mismos mensajeros una suerte de “resplandor” beligerante, que aún hoy los recubre en sus propias representaciones. De hecho, tras esas jornadas queda fraguada la figura del *motoquero*, que devuelve, a posteriori, simbolismo a la práctica cotidiana y que, entonces, es re-utilizada por los mismos sujetos para su presentación pública en sociedad.

En ese momento recién ingresaban al mercado laboral; de modo que sus prácticas han quedado enmarcadas, casi en su origen, por unas narrativas que los asocian a unas jornadas de lucha popular, altamente significadas por la ciudadanía.

Motivada por este peculiar proceso, y por la asociación entre la profesión urbana de unos sujetos y una figura que porta un potencial de beligerancia cívica, mi investigación tuvo por objeto indagar sobre sus prácticas cotidianas y las representaciones que las sostienen, comprender las razones de esas acciones y el sentido práctico en las que fueron enmarcadas.

Para responder a esas inquietudes, desarrollé un trabajo de campo que, para decirlo ligeramente, tuvo dos momentos: el primero se ubica en enero de 2002, cuando realicé junto con dos estudiantes, unas 15 entrevistas a mensajeros que habían participado de la reciente protesta popular de diciembre de 2001; el segundo, menos urgente, fue llevado a cabo entre 2004 y 2006 a partir de un abordaje etnográfico que incluyó entrevistas, reconstrucción de biografías laborales, participación en eventos de celebración y/o de conmemoración (peñas, caravanas, homenajes) y acompañamientos a actividades laborales y no laborales.

Cuando esa investigación fue dada a conocer, decidí recortar mis reflexiones a aquellas dimensiones relacionadas con la pregunta que la vertebraba (la reconstrucción de sus prácticas laborales y cotidianas), y dejar para otro momento consideraciones vinculadas a sus estrategias de agremiación, trayectorias partidarias y/o de militancia, rápidamente agrupables como “políticas”. Sin embargo, esas notas residuales no me abandonaron; de hecho el propio término, “políticas”, me producía cierto escozor al ver que lo relevado se revolvía inquieto frente a las definiciones académicas establecidas. De modo que varios años después, regresé a esas notas, esta vez con el objetivo de revisar los registros etnográficos con más detalle.

En el presente trabajo desovillo el proceso que me guió en estos interrogantes, para lo cual, en primer lugar, reconstruyo los hilos biográficos de tres mensajeros li-

gados por prácticas de militancia; luego re-examino las distinciones concretas entre las acciones orientadas por la puja por los recursos, las ritualísticas y las extraordinarias según surge del trabajo de campo; y finalmente reflexiono sobre los procesos por los cuales se rotulan socialmente ciertas prácticas públicas como “políticas”, y las tensiones que estos procesos producen en la propia perspectiva de análisis.

Debo señalar, no obstante, que los hechos narrados aquí han tenido posteriormente otros desarrollos. El foco de esta presentación está puesto en los procesos situados y acotados de tres personas, en el marco de una disputa que pude registrar entre 2004 y 2006, y que, obviamente, tuvo resultados que exceden ese momento.

Vidas pequeñas⁵

Cuando hicimos, junto con Lucía Rodríguez Iglesias y Nicolás Horovitz, las primeras entrevistas a mensajeros, teníamos el objetivo de indagar sobre las experiencias de personas en general que habían participado en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Los mensajeros no fueron el blanco de las entrevistas, sino que formaban parte de un conjunto mayor de personas que habían estado allí. Fue en enero de 2002. Los ecos de esos días aún resonaban en el aire. Nadie podía abstraerse.

A uno de los mensajeros entrevistados lo apodamos Ricky. Años más tarde yo misma lo encontré nuevamente (sin saberlo) tras la serie de encadenamientos de contactos e informantes. Cuando lo volví a ver, dos años después, lo primero que le conté es que estaba realizando una investigación, cuyos resultados iba a escribir, aclarándole que todos los nombres serían cambiados. Me preguntó entonces si él podía elegir su apodo y, por supuesto, acepté. Eligió el seudónimo de Urbano. Recién algún tiempo después me di cuenta de que se trataba de la misma persona: aquel al que le hicimos la entrevista en enero de 2002, al calor de los recientes acontecimientos, era el mismo que el que había contactado por la vía del encadenamiento de informantes. No obstante, en la tesis de doctorado, decidí mantener los dos seudónimos por separado: uno para el que salió a la calle durante la protesta y el otro para el que fletea todos los días, como si efectivamente se hubiera tratado de dos personas diferentes, porque me parecía que era una forma de señalar(me) que, desde mi propia aproximación al objeto (en dos tiempos, uno “urgente” y otro extendido), Ricky y Urbano habían sido, en un principio, catalogados como dos actores distintos.

Una década más tarde, cuando vuelvo a reflexionar sobre la experiencia etnográfica, me doy cuenta de que Ricky-Urbano no son dos actores distintos, sino uno solo, y esto más allá, obviamente, de lo biológico.⁶ Lo que quiero decir es que no hay escisión entre la condición política de sus acciones y la que surge de su vida laboral. El desdoblamiento inicial que había producido fue una estrategia utilizada para facilitar mi propio abordaje; pero esa estrategia obturó, en verdad, la interpretación de un dato de la que debo hacerme cargo. En palabras más simples, el actor ‘político-beligerante’ (Ricky) y el actor ‘trabajador-rutinario’ (Urbano) no están escindidos, entre ambos hay una continuidad que entonces no supe ver. El hecho de haberlo conocido en dos situaciones diferentes (primero con los ecos de la revuelta, todavía calientes, en los oídos de todos, y luego en el día a día de la moto, el bar y la cerveza) y con un intervalo de 2 años (primero en enero de 2002, luego en 2004), distorsionó mi análisis.

De hecho, hilando más fino todavía, Ricky-Urbano son tres y no dos: mi primer

y temprano ‘encuentro’ con él lo tuve leyendo una nota de Mariano Blejman en *Radar* del 6 de enero de 2002, donde el periodista dice que dijo: “Vengo de escraches a militares, de recitales de los Redondos, de la cancha y soy fletero” (poniendo su nombre verdadero). Cautivada por lo que entonces me enamoró como objeto posible de investigación (unos jovencitos atravesados por consumos culturales populares y por una historia política ligada a los derechos humanos que se sumergen en una contienda cívica), no reparé en la operación comunicacional destinada al reconocimiento de los lectores que estaba trabajando allí. El periodista seleccionó datos y editó lo que el medio (el suplemento dominical, que se lee con tiempo y tranquilidad, de un periódico de corte progresista) suponía noticiable en ese momento; tenía un contrato de lectura con su lector-modelo al cual no podía defraudar. Y no solo eso, sino que Ricky-Urbano-el ‘verdadero’, dijo exactamente lo que se esperaba de él: “Vengo de escraches a militares, de recitales de los Redondos, de la cancha y soy fletero”, y yo atravesé todas estas mediaciones incólume y traduje: “es un jovencito atravesado por consumos culturales populares y por una historia política ligada a los derechos humanos y por eso se involucró en una contienda cívica”.

Afortunadamente la experiencia etnográfica me sacó de ese lugar; digo afortunadamente porque, amarrada como estaba a la cuestión de los consumos culturales y de la militancia en derechos humanos, tardé en reparar en que se trataba de trabajadores. Que un día tuvieron una experiencia extraordinaria, sí, pero que fundamentalmente, trabajan. Había que buscar ahí. Se trataba de pura rutina laboral, que había sido puesta en juego en una situación inhabitual, obteniendo de esa actuación algunos destellos.

La historia de Ricky-Urbano, su trayectoria, su devenir, sus decisiones, señalan hacia una trama donde es posible observar la línea que conecta la rutina laboral con acciones beligerantes, y también con acciones gremiales o tendientes a la acumulación de capital político. En esta operación, me fue útil colocar a Ricky-Urbano en paralelo con otros dos mensajeros, Mario y Enrique, para poder discriminar el lugar que ocupan, en cada uno de ellos, tanto la militancia como las evocaciones de las jornadas de diciembre de 2001. Me adentro, así, en una zona, la del detalle del accionar gremial y/o militante, que me permitió, por contraste, discriminar las prácticas realizadas en esos ámbitos de aquellas que llevan a cabo todos los días. En ambos casos, son prácticas asociables a una dimensión ‘política’ pero que en la reconstrucción empírica presentan características diferentes. Desovillarlas, desplegar los pliegues -parafraseando a Richard (2010)-, es el objetivo de lo que sigue.

Convergencias y divergencias

Los comienzos del sindicato que aquí denominé Rojo y Negro son difíciles de rastrear.⁷ Algunas crónicas refieren que “(L)os primeros en intentar algún tipo de organización fueron el Pelado y el Chino, en el ‘99”;⁸ otras versiones ubican los comienzos en octubre del 2000 cuando 500 ‘motoqueros’ se manifestaron frente al Obelisco;⁹ y los relatos de los propios mensajeros señalan que el Rojo y Negro nació a partir de unas movilizaciones de 1999 en Avellaneda donde se pedía por la mejora y la protección en el tránsito, un suceso que culminó con la intervención policial y por eso recibió cobertura mediática.¹⁰ Según el encargado de prensa, en

2005 el Rojo y Negro tenía cerca de 1300 afiliados en la Ciudad de Buenos Aires y más de 2000 en todo el país.

Los comienzos del Rojo y Negro y los de Ricky-Urbano casi se superponen en el tiempo: después de probar suerte unos años como cartero comienza a fletear en el 2001. Tenía 21 años. Dos experiencias de pareja. Y dos hijos. Paralelamente inicia su militancia en el Rojo y Negro, que al principio tenía un local pequeño en los alrededores de 9 de Julio y Belgrano. Todos los miércoles a las 19 sus integrantes se reunían 'de prestado' en el local de HIJOS,¹¹ donde Ricky-Urbano ya militaba desde 1998. Las primeras acciones sindicales del Rojo y Negro consistieron en marchas por mejoras laborales y libre acceso en las autopistas. De estas primeras acciones hablan los mensajeros cuando se les pregunta cómo nació el sindicato.

Muy poco tiempo después de que Ricky-Urbano empezara su militancia en el Rojo y Negro, los mensajeros obtienen una significativa cobertura mediática con los sucesos de diciembre. Ricky-Urbano es uno de los que más centímetros obtiene en las crónicas y reportajes; su nombre real satura el acotado campo de narrativas periodísticas sobre el rol de los mensajeros en los sucesos. Asimismo, aparece frecuentemente en las crónicas periodísticas de las efemérides de las jornadas de diciembre, recordando anécdotas y haciendo mención a la actuación de los mensajeros. Tampoco es un dato menor, acaso, que en la cadena asociativa de informantes que acompañó el trabajo de campo, su nombre (y su celular) me haya llegado tempranamente, y por varios lados.

Cuando lo conocí, el hablar acelerado y avasallante de Ricky-Urbano me resultó casi abrumador. Su relato hegemonizaba la conversación, iba y venía entre la vida cotidiana y la política, entre el pasado y el presente. De hecho, para describir la situación personal por la que atravesaba en ese preciso momento, hizo una referencia oblicua a las jornadas de diciembre: me contó que se acababa de separar y que Mataco, un dirigente de una organización peronista de base, le había prestado un galpón que tenía en Ezeiza para vivir allí hasta conseguir algo mejor.¹² La referencia a Mataco está fuertemente engarzada con las jornadas de diciembre. Mataco no sólo era en ese momento referente político de un movimiento de base, sino que también es quien atendió a Martín Galli el 20 de diciembre, cuando, según dicen los mensajeros, las rastas amortiguaron la bala que iba derecho a su cráneo y lo salvaron de morir. Este relato se repite en cada efeméride.¹³

La mayoría de las veces que conversamos estuvimos acompañados de Enrique, un mensajero que compartió con Ricky-Urbano el antiguo empleo como cartero hasta que cambió de profesión.¹⁴ Lo bueno de la presencia de Enrique era que, de algún modo, equilibraba con su calma la apabullante locuacidad de Ricky-Urbano. De hecho parecen antagónicamente complementarios: Enrique no estuvo en las calles en diciembre de 2001; nunca militó en organismos de Derechos Humanos; llevaba casado con su mujer casi una década; tenía una hija; estudiaba una carrera universitaria; jamás le interesó ir a las caravanas a Ramallo.¹⁵ Enrique, no obstante, presenta rasgos comunes con Ricky-Urbano: no solo su pasado como cartero, o el hecho de trabajar en sendas empresas y no en mensajerías, sino también la militancia. En efecto, cuando lo conocí, se acababa de crear una agrupación de base, que aquí llamaré Trabajadores Motoci-Klistas, donde Enrique participaba junto con Ricky-Urbano.

La agrupación Trabajadores Motoci-Klistas se crea en 2005 y forma parte de una historia que es preciso reponer.

Como ya se mencionó, el primer sindicato que agrupó a los mensajeros es el Rojo y Negro (las banderas que se vieron el 20 de diciembre de 2001 en la ronda de mensajeros en el Obelisco, pertenecían a este sindicato). Entre los que promovieron su creación estaba Ricky-Urbano, militante en ese momento de HIJOS. De hecho la conexión de él y de otros mensajeros con HIJOS permitió que el sindicato Rojo y Negro recibiera un interesante subsidio proveniente de España, para poner en funcionamiento un local que fue inaugurado en noviembre de 2005. El local se levantó con el apoyo económico de la CNT (Central Nacional de Trabajadores) de España, de la CTA, y de algunas ONGs europeas.

En el preciso momento en que recibieron el subsidio para poner en marcha el local, Ricky-Urbano y otros mensajeros se retiraron del sindicato. Fue a raíz de algunas desavenencias relacionadas tanto con las estrategias de crecimiento sindical como con la administración del dinero. Entonces el Rojo y Negro quedó a cargo de la facción contraria, y poco más tarde se alineó con la CTA, manteniendo las conexiones con HIJOS, y tomando parte en el hoy desmantelado Movimiento Intersindical Clasista (MIC), de orientación de izquierda.

Cuando se produce la separación algunos mensajeros que habían quedado desplazados comienzan a darle forma a la necesidad de fundar otro sindicato, de sesgo nacional y popular, opuesto al Rojo y Negro, para buscar la alineación con la Confederación General del Trabajo (CGT). Varios dirigentes de primera línea de esta Confederación contribuyeron a la creación del sindicato Celeste y Blanco, solicitando su inscripción en el Ministerio de Trabajo y apoyando la formación de agrupaciones de base para su participación en elecciones internas democráticas. Aquí se ubica el momento de surgimiento de la agrupación Trabajadores Motoci-Klistas, a partir de la iniciativa de varios mensajeros, entre ellos Ricky-Urbano, y Mario, un mensajero que trabajaba en la misma empresa que él.

La creación de esta nueva organización tuvo el objetivo de alzarse finalmente con la conducción del Celeste y Blanco, de sesgo nacional y popular. La creación de Trabajadores Motoci-Klistas fue un primer paso destinado a, precisamente, obtener el manejo de un sindicato opuesto al existente, vinculado a las izquierdas combativas. La distinción no sólo se relacionaba con diferencias ideológicas, sino también estratégicas: mientras que el Rojo y Negro se caracterizaba por realizar movilizaciones y reclamos públicos, por su horizontalidad en la toma de decisiones, y por un principio de independencia respecto de la central sindical oficial, el Celeste y Blanco abogaba por producir acuerdos con instituciones sindicales de segundo y tercer grado para la consecución de capital político que, a su vez, los habilitase como interlocutores válidos dentro del espectro sindical (peronista).

Cabe señalar que, además de los alineamientos con diferentes confederaciones y centrales, las estrategias político-gremiales varían: mientras que el Rojo y Negro está a favor de la consecución de la figura legal del mensajero para buscar representación por profesión (ante, por ejemplo, el Ministerio de Trabajo), y por eso privilegian la subsunción de los mensajeros dentro de un sindicato que los agrupe; el Celeste y Blanco opta, en la práctica, por estrategias de representación gremial por empresa, lo cual los obliga a subsumir su perfil laboral en el que le corresponde a la empresa.¹⁶ Y también, obviamente, estas diferencias se irían expresando luego en el día a día: si el peor de los insultos de los integrantes del Rojo y Negro hacia los del Celeste y Blanco es el de “burócratas”, la respuesta en sentido inverso es la de “troskos”.¹⁷

Regresando a la historia de la agrupación Trabajadores Motoci-Klistas, en 2005, Ricky-Urbano y Mario compartían la conducción de la agrupación: ambos venían del campo nacional y popular, y dentro de ese encuadre, se distinguían de los mensajeros del Rojo y Negro, ligado a los partidos de izquierda. Poco tiempo después de su creación, la Trabajadores Motoci-Klistas realiza su bautismo público. Fue el 18 de marzo de 2006, fecha cercana al 30º aniversario del inicio de la última dictadura militar, en ocasión de un escrache realizado al ex-dictador Jorge Videla junto con la agrupación HIJOS. Ricky-Urbano y Mario se posicionaban como los líderes más fuertes de la Trabajadores Motoci-Klistas en ese momento inicial.

No obstante, y a pesar de las afinidades, las trayectorias políticas de Ricky-Urbano y de Mario confluyeron en desavenencias que, con el transcurso de los meses, desembocaron en una ruptura. Describirlas nos permitirá desovillar las tramas casi minúsculas de los sentidos que cada uno le dan a las acciones políticas, así como ponerlas en relación con la aparente pasividad de Enrique en estos menesteres.

Desde sus inicios en la actividad laboral, primero como cartero y luego como mensajero, Ricky-Urbano se involucró activamente en diversas organizaciones políticas: una ligada a la defensa de los derechos humanos (su militancia en HIJOS), y otras gremiales. Además, participó de las jornadas de diciembre de 2001, y fue un relevante emprendedor de las caravanas a Ramallo. En la de 2006, trabajó junto con Mario en su organización motorizando, desde la Trabajadores Motoci-Klistas, el posicionamiento del Celeste y Blanco como el sindicato legítimo de los mensajeros, para lo cual gestionaron el apoyo del movimiento dirigido por Mataco.

El objetivo primordial del Celeste y Blanco era la obtención de la personería gremial, frente a la misma pretensión del Rojo y Negro, para alzarse de ese modo con la representación 'oficial' de los mensajeros.¹⁸ La CGT no pareció dispuesta a poner al frente de esa estrategia ni a Mario ni a Ricky-Urbano; y prefirió en cambio colocar a uno de sus hombres, Aldo, un "burócrata de traje y corbata", como ellos mismos lo llamaron.¹⁹ La caravana de 2006 implicaba, justamente, una disputa por la representatividad de los sindicatos. Aún más: al llegar al cementerio de Ramallo, ya había varias placas con el nombre del Rojo y Negro de caravanas anteriores; ese año sería la primera vez que aparecía otra, del Celeste y Blanco. En esa coyuntura, Ricky-Urbano se encontraba en una peculiar situación política. En primer lugar, compartía con Mario la presentación en sociedad de la Trabajadores Motoci-Klistas, y las tensiones por los resultados de su capacidad de convocatoria y de organización; el acompañamiento a Aldo que estaba allí para demostrar la legitimidad del Celeste y Blanco; la colocación de una placa propia en el nicho de Gastón Riva haciendo un espacio entre las anteriores del Rojo y Negro, la de Boca Juniors y la de su familia, lo que formaba parte de esa demostración. En segundo lugar, tuvo que aceptar la presencia de Aldo, el mensajero impostor, el que fue puesto a dedo, desde arriba, y resignarse a escuchar cómo erraba al evocar al muerto.²⁰ En tercer lugar, Ricky-Urbano (Mario llegó después a Ramallo) tuvo que congeniar con Mataco, sostén organizativo y financiero de la caravana, rendirse a su liderazgo y aceptar su subordinación al movimiento de base que le servía de sostén.

La alianza con Mario duró poco tiempo: menos de un año después Ricky-Urbano dejaba la conducción de la Trabajadores Motoci-Klistas para replegarse en una posición confrontativa. Para conocer detalles de la ruptura, es necesario aden-

trarse en los pormenores de Mario, cuya historia política es relativamente distinta de la de Ricky-Urbano.

La de Mario fue una de las últimas entrevistas que hice, pocas semanas después del alejamiento de Ricky-Urbano de la conducción. Un detalle interesante es el modo en que se produjo el contacto. En una clase de un curso regular de la universidad, de modo casual, hice un comentario en relación con algún fragmento de entrevista con Ricky-Urbano, seguramente con un objetivo didáctico que ahora no recuerdo. Un/a de mis estudiantes, que en ese momento trabajaba en la misma empresa en la que trabajaban Mario y Ricky-Urbano, regresó a la clase siguiente con el teléfono del celular de Mario, diciéndome que él quería charlar conmigo. Si bien lo había conocido durante la caravana a Ramallo, no había tenido ocasión de charlar con él a solas, llegó al empezar la ceremonia, y lo perdí de vista poco más tarde. De modo que, aun cuando había decidido concluir con el trabajo de campo, me pareció que podía llegar a ser una entrevista interesante. Y acepté.

Nos encontramos en un bar, y luego de contarme el modo en que comenzó a fletear (hacía ya diez años), aprovechó para acusar a Ricky-Urbano de haber traicionado una de las 20 verdades peronistas.²¹ Explicó la separación haciendo alusión, específicamente, a la verdad número 15: “Como doctrina política, el Justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con la comunidad”. Mario interpretó la salida de Ricky-Urbano de la conducción de la Trabajadores Motoci-Klistas a la luz de este precepto doctrinario, “traduciéndolo” luego al lenguaje cotidiano: según Mario, Ricky-Urbano “se va de todos lados”, le cuesta mantenerse en una organización, lo que podría sintetizarse como que no piensa en los intereses de la comunidad.

Mario, con aritos, rastas cortas y un piercing en la nariz, acababa de volver de un encuentro regional de juventudes peronistas organizado por las 62 organizaciones,²² en el cual, señalaba con orgullo, “todos eran hijos de alguien” (aludiendo a los referentes políticos) “menos los Trabajadores Motoci-Klistas”, agrupación que él representaba. Hay algo de cierta trama paterno-filial que se juega en el discurso de Mario y que permea su propia historia política. Para su acervo experiencial, el 20 de diciembre de 2001 tiene un fuerte peso simbólico. Había visto las imágenes televisivas de los sucesos del día 19 y, según dice, decidió salir a la calle el jueves 20. Lo interesante es que no solo interpreta su salida como una experiencia personal en el encuadre de un hecho histórico de relevancia social, tal como sucede con muchos otros mensajeros que participaron de los eventos, sino que además, reubica esa experiencia en una línea doméstica, masculina y familiar de sucesos históricos. Antes le tenía, en sus palabras, envidia a su abuelo por haber vivido el 17 de octubre de 1945, y a su padre por haber estado en Ezeiza el 20 de junio de 1973; mientras que ahora se enorgullece de decir que él también tiene su momento: el 20 de diciembre de 2001. En suma, Mario re-interpreta los hechos a partir de un marco histórico ligado con una tradición familiar del peronismo, y en esa clave me relata la separación de Ricky-Urbano de la organización Trabajadores Motoci-Klistas: “traicionó la verdad peronista número 15”.

A los pocos días recibí una llamada de Ricky-Urbano en la que me pedía vernos. Nos juntamos en un bar, esta vez solos, sin Enrique. Su versión fue obviamente distinta de la de Mario: afirmaba haberse sentido traicionado porque Mario “se cortó solo” y negoció con el Rojo y Negro tras bambalinas, sin consultarlo. Me dio la impresión de que la invitación a charlar de Ricky-Urbano, que enfrentaba una nueva

división en uno de sus frentes políticos, fue parte de una estrategia personal para adecentar su militancia y reubicarse, en la reconstrucción narrativa que él sabía que yo estaba haciendo, en el lugar de alguien que honrosamente dio un paso al costado frente a una iniciativa personal inconsulta. Ricky-Urbano finalizó su relato diciéndome lo satisfecho que estaba de poder dedicarse a su rol de delegado, al que había accedido hacía poco, junto con Mario, en la empresa de contenidos audiovisuales para la que trabajaban, con el 89% de los votos.

No sé cómo terminaron estos devaneos. Había decidido finalizar con mi experiencia etnográfica (¿se termina alguna vez?) luego de la charla con Mario. Cuando Ricky-Urbano me llamó, advertí que mi rol había ido virando de a poco, que comenzaba a tener un mayor peso en las redes chismográficas, y que entonces corría el riesgo de ser catalogada -y usada- como correveidile.

Lo cierto es que durante esas conversaciones con Mario y con Ricky-Urbano, siempre tuve la sensación de que me costaba seguirles el hilo de la minucia que relataban desde esas dos veredas coyunturalmente opuestas. No lograba ver los matices, y menos que menos ponerlos en el contexto de una 'disputa política'. Solo podía discriminar las rencillas humanas. Me costaba identificar a esos entreveros como política; o, mejor aún: como lo que la academia dice que es 'la política'. En verdad, la inmersión en la red chismográfica me obligó, no a reconstruir una teoría nativa de 'política', sino, más bien a relativizar mi propio sentido de la categoría, tamizándola por un lado, con los indicios y evidencias que recogí en mi trabajo de campo (donde, vale la pena aclarar aunque suene obvio, habitan sujetos concretos antes que universales); y por el otro con diálogos y lecturas de autores que han pensado algunas de estas cuestiones con anterioridad. A partir de ambas dimensiones fui 'tejiendo' una aproximación que se ajustara a lo observado en relación con la lógica de las prácticas de los mensajeros y de su forma particular de actuar y comprender el mundo contemporáneo.²³

Garúas y tormentas eléctricas

Mario, Ricky-Urbano y Enrique, presentan particularidades que los diferencian; y simultáneamente cosas en común.

Mario es un militante peronista que conoce la doctrina, se reconoce en la historia familiar que lo precede, y se auto-inscribe en ella a partir de dos cosas: por conocer las 20 verdades peronistas, y por haber participado de la revuelta cívica. Dogma y rebeldía están juntas, solo son separables a los efectos del análisis.

Ricky-Urbano proviene del peronismo combativo ligado a la militancia en derechos humanos; se 'vende' como actor político, y a la vez es emprendedor, motorizador de acciones, operador de alianzas estratégicas (con Mataco, con Mario). Su participación en las jornadas de diciembre, y su posterior presencia en los medios, habla de una predisposición a la acción que es constitutiva de su hacer.

Enrique también se presenta como peronista; habla poco, apenas aclara detalles. No estuvo en las jornadas de 2001, ni va a las caravanas, prefiere quedarse en casa con su familia. No obstante, ni sus escasas palabras ni la reticencia a salir a las calles impugnan sus adhesiones: los pocos afiches y volantes que aún tengo promocionando actividades de la Trabajadores Motoci-Klistas me los dio él.

En cada caso, las jornadas de diciembre de 2001 se ubican en el tablero de modos diferentes: para Mario, son un evento que lo empareja con sus antecesores familiares en la línea masculina; para Ricky-Urbano, representaron la propia necesidad de intervenir en la revuelta popular; para Enrique, no significan una puntuación determinante en su biografía, aunque sí en la historia de la mensajería local.

Por otro lado, en los tres la vida cotidiana se compone de trabajo, consumos, tiempo libre, acción política, aunque con grados diversos en el equilibrio final, y todos estos elementos se trenzan en la misma práctica de fletear. Y es que, a pesar de las diferencias señaladas entre los tres, hay algo en común que los unifica: en la salida cotidiana, en el fleteo, comparten una misma disposición hacia el poder, la autoridad y la jerarquía compuesta de elementos vinculados a las tácticas de antidisciplina, las pretensiones igualitaristas, y la contrafigura del “traje y corbata”.²⁴

No obstante, y aunque pareciera que al marcar las diferencias y las zonas en común el argumento se orienta al señalamiento de ‘zonas mixtas’ o de ‘hibrideces’, en verdad mi intención es argumentar exactamente lo contrario. Con el repaso de las vicisitudes gremiales pretendí poner en la superficie el mecanismo de figura-fondo que se produce entre elementos (política, trabajo, tiempo libre, familia) que más que compartimentos cerrados o esferas separadas, se ordenan de modos sub o superordinados respecto de los otros en ciertos momentos. En estas re-organizaciones, que además son situadas y estratégicas, Enrique privilegiará la familia y la colaboración, Mario la doctrina y la filiación histórica, y Ricky-Urbano la movilización de energías personales con objetivos políticos.

De hecho, la politicidad propia del fleteo queda subordinada cuando la acumulación de capital político se vuelve crucial para el crecimiento gremial. Así, en la Caravana a Ramallo, Mario y Ricky-Urbano tienen que presenciar la toma de la palabra de Aldo quien, en su calidad de secretario del Celeste y Blanco, pronunció un discurso de homenaje. Y a pesar de sus torpezas deciden no intervenir con mucha insistencia: están demasiado comprometidos con las acciones de crecimiento gremial, saben que no tienen más opción que soportar la presencia de alguien que han calificado de “un tipo de traje y corbata”. En este sentido, los valores y representaciones que fundan la politicidad cotidiana –donde la contrafigura “traje y corbata” tiene un rol central– se ponen en suspenso para poder mantener una estrategia en común de crecimiento gremial.

Ahora bien, al combinar lo registrado en el trabajo de campo con las revisiones, en clave local, de los aportes de trabajos anteriores, encontré diversas inspiraciones y también algunos límites. Lo que observé en el marco de la vida cotidiana de los mensajeros, y que aquí enmarqué como sus disposiciones al poder, la autoridad y la jerarquía, difiere de aquellas prácticas destinadas a la obtención de recursos (económicos, jurídicos, simbólicos). Si bien se trata de dimensiones que se iluminan según la situación, que se colocan estratégicamente como figura o fondo, no se confunden entre sí. ¿Cómo dar cuenta de ellas, y de sus matices, sin caer en generalizaciones abstractas, ni en categorías dominocéntricas, ni en un mero ‘descripcionismo’, ni en una transposición acrítica de argumentos prestados?

Por un lado, me preguntaba por la cuestión de las acciones realizadas en el ámbito gremial. Y a pesar de que Mario, concretamente, se apoyaba en una historia de tradición, y Ricky-Urbano en experiencias previas de militancia en derechos humanos, en ambos casos los datos no me conducían en una línea recta a señalar ‘migraciones’

de experiencias de beligerancia entre contextos, como sí resulta, por ejemplo, del análisis que realiza Auyero (2002). Tampoco me llevaban solamente hacia la activación de marcos racionales para la acción, como lo sugeriría un análisis sostenido en los presupuestos de la intervención estratégica (McAdam, McCarthy y Zald, 1999). Aunque algunas instancias concretas de acción gremial presentan algo de estos ingredientes, y de que en ellas surgieron tanto retazos de la historia política local como sedimentaciones de experiencias previas, lo que es distintivo del caso de los mensajeros es el suave desplazamiento, casi imperceptible en sus fronteras, entre formas que se parecen pero que no son iguales: de su accionar cotidiano a la beligerancia en un contexto extraordinario. En efecto, cuando las plataformas y/o los escenarios se modificaron, los mensajeros, cuyas prácticas cotidianas están informadas de una particular disposición hacia el poder, la autoridad y la jerarquía, re-orientaron sus acciones sin solución de continuidad. Inmersos en el contexto de la revuelta, puntuaron la secuencia de los hechos y ‘switchearon’ del modo cotidiano al modo combate.

Por lo pronto, entonces, decidí denominar a la articulación de los elementos del fleteo cotidiano, reconstruidos en el trabajo de campo, como *politicidad*, para dar cuenta, precisamente, de las disposiciones latentes que se activan según los contextos. La pregunta sobre la politicidad fue cobrando sentido no sólo en la medida en que me internaba en el proceso de investigación, sino también a la par que orientaba mis preocupaciones en diálogo con un espectro de trabajos que estudian localmente la politicidad (Merklen, 2005), las formas de la politicidad (Ferraudi Curto, 2007), la microfísica de la política (Auyero, 2001), las ya mencionadas disposiciones hacia el poder, la autoridad y la jerarquía (Isla, 2006), las experiencias y prácticas políticas (Semán, 2006) de los sectores populares.²⁵

En principio, reparé en la noción de politicidad retomada por Merklen (2005), quien afirma que la política es una parte constitutiva de la vida cotidiana de los sujetos, no importa qué posición ocupen en la estructura social. En este sentido, dice, la politicidad de las personas, “engloba al conjunto de prácticas, su socialización y su cultura política (...) es constitutiva de la identidad de los individuos y, por esta razón, evitaremos las fórmulas, más frecuentemente empleadas, de ‘relación con lo político’ o de ‘identidad política’. En éstas, lo político aparece como una dimensión autónoma de la vida social con la que los individuos entrarían en relación” (2005: 24).²⁶

Por otro lado, este ámbito en el que se constituye la politicidad, podría ser análogo a lo que Auyero denomina la *microfísica de la política* (2001: 40), si no fuera porque el prefijo ‘micro’ señala una medida que parecería sostenerse en una escala prefigurada, donde habría una ‘política’ mayor, y una serie de acciones que presentan grados menores de una misma sustancia. No estoy segura de esta reducción a la medida de ‘micro’. ¿Es ‘micro’ la disputa por el poder en un espacio gremial de personas con marcos interpretativos y experienciales diferentes? ¿Y acaso es ‘micro’ interrumpir la rutina laboral para salir a las calles a combatir contra los aparatos represivos? ¿O sería ‘micro’ repartir volantes y afiches sobre las próximas actividades a las que el repartidor de volantes no irá? Y desde otra óptica, ¿qué tienen de distinto estas prácticas de los mensajeros de aquellas de dos senadores de la nación negociando la aprobación de un proyecto en el café de la esquina? ¿O de dos facciones aliadas provisoriamente en una facultad, ofertando y demandando una subsecretaría? ¿O de dos mujeres disputando por un lote de yogures en una organización de desocupados (Ferraudi Curto, 2006)? ¿O de dos grupos que buscan conseguir la presidencia de

un club movilizando sus recursos para ganar las elecciones (Moreira, 2008)? Entre estos ejemplos, ¿cuáles serían ‘macro’ respecto de los mensajeros? ¿Por qué? La política de partido, la de hombres de apellido discursando en el parlamento, ¿es macro? ¿Y el resto es micro? Quizás lo que ocurra es que nos resulta fácil discriminar los extremos y mucho más difícil observar y discernir los matices; como la diferencia entre una garúa y una tormenta eléctrica. Pero entre ambos extremos, hay miles de posibilidades fenoménicas que no son ni lo uno ni lo otro.

A la vez, es necesario reparar en la especificidad de esta condición de politicidad porque, entendida como una dimensión constitutiva de la vida cotidiana, puede perderse, difuminarse en ella misma. En ese sentido, Balbi y Rosato (2003) señalan que, aun cuando la política no puede entenderse separadamente de otros dominios de la vida como el económico, el religioso o el cultural, ello no implica sostener que no existe una especificidad de lo político. Sólo que esa especificidad tiene que ser demostrada a partir de un análisis que no reduzca la política “a una concepción topográfica de la vida social (...) como se observa a un mapa donde, en abierta oposición con la realidad allí representada, el mundo parece hecho de espacios predefinidos y fijos” (Balbi y Rosato, 2003: 16).

De modo que intenté abordar las prácticas de los mensajeros bajo esta doble advertencia: la de los primeros respecto de la co-participación de la dimensión política en la vida cotidiana, y la de Balbi y Rosato en relación con la necesidad de entender la especificidad de lo político en el entrecruce con otros dominios de la vida social. De hecho, las acciones destinadas a las estrategias gremiales, de algún modo ponen en suspenso sin olvidarlo, el sentido práctico de la vida cotidiana para subordinarlo a las necesidades de crecimiento gremial y/o político.

Entonces, sin ignorar estos precedentes (más bien honrándolos), decidí privilegiar una perspectiva que diera cuenta de los procesos de asignación de sentido de los propios actores en situaciones específicas.

Para el caso de los mensajeros, he reservado el concepto de politicidad, para agrupar a las prácticas específicas que construyen en la vida cotidiana, orientadas por disposiciones subjetivas hacia determinadas posiciones respecto del poder, la autoridad y la jerarquía, en el encuadre de rutina laboral. Y discrimino esta politicidad de las acciones políticas destinadas específicamente a las disputas por la obtención de recursos (en este caso, gremiales). Es en el marco de esta doble dimensión experiencial donde se van tramando, casi inadvertidamente, los elementos que conformarán la agencia, entendida como la “serie de circunstancias en las que [el sujeto] se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (Ortner, 2005: 46).

La politicidad se va inscribiendo profundamente, aunque con poco resplandor, en su laboral cotidiano, en la rutina monótona, casi ‘invisible’, de su día a día. Ahí, en esa trama cotidiana, se conjuga algo que es común a todos, más allá de las ideologías y de las estrategias de acumulación gremial. Las acciones políticas responden a intereses estratégicos que, en ocasiones, requieren abjurar de algunos de los elementos de la politicidad cotidiana.

De hecho, frente a una situación donde las disputas gremiales se producen entre los “auténticos fleteros” y los “de traje y corbata”, encarnados en Aldo, el que se ‘disfrazaba’ de mensajero, Mario y Ricky-Urbano se unifican y postergan su desprecio al contramodelo: Mario se refiere a él llamándolo “un burócrata de traje y corbata”, en parte expresando esa politicidad cotidiana para desmarcarse de él. Sin embargo, por

la coyuntura especial por la que atravesaban en relación con sus estrategias de crecimiento gremial y de acumulación de capital político, debían hacer la concesión de aceptarlo. Y es que, en verdad Mario y Ricky-Urbano se hallaban en un lugar de riesgo: militando gremialmente y pretendiendo disputar poder; pero para eso necesitaban negociar algunas posiciones.

Y aquí, entonces, se delinea una forma de acción que, siendo diferente a la politicidad cotidiana, no la niega sino que la pone en suspenso de modos estratégicos. Porque si bien las prácticas laborales de los mensajeros están organizadas alrededor de los modos en que experimentan, y recrean discursivamente, el poder, la autoridad y la jerarquía, en ocasiones de disputar el acceso a los recursos se implican más bien en una acción política destinada a pelear por la utilización del poder en forma diferencial y la consecuente redistribución de lo existente. Esto permite sugerir que cuando el contexto implica una disputa por los recursos, como es el caso de las dinámicas de agremiación, las prácticas adoptarán la forma de *acción política*, si entendemos, con Swartz, Turnen y Tuden (1966) que ésta se define por ser: a) un proceso público antes que privado; b) proceso que involucra metas y objetivos concretos y c) que compromete la utilización del poder en forma diferencial.

Asimismo, la reconstrucción de las prácticas relacionadas con las acciones gremiales de los mensajeros muestra que las versiones experimentadas y representadas de la historia política local, inciden en los modos en que los sujetos conforman sus acciones políticas efectivas: pertenecer al Celeste y Blanco o al Rojo y Negro se traduce en distintas maneras de entender a las estrategias de acumulación de poder y de capital político, y por ende distintas maneras de actuar en consecuencia. No obstante, quienes carecen de militancia presentan una 'amable' distancia con ambas. Y es que en la batalla particular que tiene por objeto de disputa la hegemonía gremial, la politicidad cotidiana no aparece implicada en las prácticas gremiales concretas. Más allá del mantenimiento de los rasgos, valores y atributos del fleteo, la disputa se juega en los marcos prácticos de la lógica de las dinámicas gremiales, y dentro de las reglas de este particular juego institucional. En este encuadre, los elementos cotidianos quedan en suspenso, toda vez que los bienes en disputa participan de reglas de juego heterónomas, tales como la cantidad de afiliados; la adscripción sindical a asociaciones reconocidas o no por el Ministerio de Trabajo (CGT o CTA); la filiación por pertenencia laboral o por empresa, entre otras.

El repaso de esos trabajos autorales me proveyó de pistas nutritivas para discriminar las diversas dimensiones que observé en las prácticas de los mensajeros y que presentan rasgos distintivos. Concretamente, estoy afirmando que la politicidad de los mensajeros se materializa en prácticas concretas que organizan la vida cotidiana, diferenciables analíticamente de las que adoptan en ocasión de la disputa pública por el acceso a la distribución de los recursos (una forma de *acción política* en los términos de Swartz et al., 1966). Ninguna de estas formas posee a priori un 'valor' más importante que la otra, porque todas ellas se vinculan con formas de agencia sólo recortables en su especificidad contextual. Para decirlo en otras palabras, a pesar de cierta opacidad de la categoría, la politicidad ocurre entre la rutina y la agencia y se ubica en proximidad con la acción laboral cotidiana de los mensajeros; mientras que la acción política se pone en juego en ocasión de disputas por una porción de recursos públicos, y en el caso concreto analizado, en estrategias de crecimiento gremial. Y aún más: independientemente de los elementos de la politicidad comprometidos en

el ejercicio de las prácticas cotidianas, la acción política se subsume a un tipo de agencia que, preocupada por la puja por los recursos, se disuelve en los avatares de la misma dinámica. Desde esta perspectiva, que enmarca a la agencia en relación con las dimensiones de participación y de acceso (Grossberg, 2003), no parece haber un vínculo íntimo entre la politicidad y las acciones destinadas a la obtención de recursos.²⁷

En diciembre de 2001, lo que marcó la salida a las calles de los mensajeros fue la impronta de una politicidad inscrita en su trajinar diario y no en concretas acciones políticas; fue su sentido práctico el que guió su accionar extraordinario. Aunque por razones de espacio no puedo ampliar aquí, lo cierto es que su politicidad se despliega en la rutina laboral y va inscribiendo allí, en el opaco resplandor de la cotidianeidad, formas particulares de andar por la calle; de pretender y defender el igualitarismo; y de desmarcarse de la figura “traje y corbata”. Allí están presentes los elementos de la politicidad: en la práctica laboral cotidiana, independientemente de la filiación ideológica-partidaria de los practicantes, de su marco histórico interpretativo, e incluso de sus biografías de militancia. Y eso, justamente, fue el motivo de su captura mediática.

Rótulos y etiquetas

En su análisis de los disturbios en los suburbios parisinos de 2005, Mauger señala la importancia del proceso de calificación/codificación de las prácticas populares, proceso que tiene lugar en una dimensión donde se ponen en juego conceptos y estructuras de significación al mismo tiempo extendidas y en disputa.

En cierta medida, el sentido que se confiere a la revuelta y las intenciones que se atribuye a sus participantes dependen del resultado de las luchas simbólicas que se dan entre los diferentes emprendimientos de descalificación y de habilitación política, así como de las repercusiones desiguales que éstas pueden llegar a tener. Si se considera cada una de estas tomas de posición y las representaciones que les están asociadas como ofertas políticas, dirigidas no sólo a los jóvenes de los barrios populares sino también al ‘pueblo’ entero, el resultado –siempre más o menos reversible– de estas luchas simbólicas (y políticas) depende, en definitiva, de la recepción que encuentren dichas ofertas en el ‘pueblo’ en general y en los jóvenes de los barrios populares en particular (2007: 107).

Me interesa recalcar aquí dos cosas: por un lado, que en esta *sociología de la actualidad*, al analista se le exige una conciencia exasperada porque junto con su rol de analista, es también parte integrante de la misma sociedad donde se dirimen y resuelven los conflictos que analiza. Calificar, como analista, unas prácticas como ‘políticas’, ‘pre-políticas’, o incluso, ‘pre-revolucionarias’, implica olvidar que el propio analista participa de las redes de circulación a través de las cuales se ponen en disputa las clasificaciones de esas mismas prácticas; y por el otro, que si bien el espacio público no puede reducirse a la circulación mediática, los medios de comunicación sí son co-partícipes de su construcción (Caletti, 2006) dado que cum-

plen el papel, nada menor, de poner a consideración de la sociedad algunas representaciones de sujetos específicos que poseen atributos calificables, en este caso, como ‘políticos’.

Teniendo esto en cuenta, en las jornadas de diciembre de 2001 los medios informativos pusieron a consideración pública la calidad y el carácter de las prácticas de los mensajeros, y lo hicieron a través de unas operaciones orientadas al reconocimiento de sus respectivos destinatarios-modelo. Notablemente, la práctica cotidiana reconvertida en combativa de los mensajeros en esas jornadas, fue capturada por los medios en el contexto de un acontecimiento que, por sus características, exigía dejar en suspenso toda filiación partidaria y toda adscripción ideológica. El lema más voceado por aquellos días era “que se vayan todos”, lo que destilaba un fuerte repudio a la clase política en general, sin discriminación. De ese modo, adquirieron valor las acciones cívicas en estado ‘puro’, sin contaminaciones ‘partidarias’, ni ‘políticas’. La politicidad (cotidiana) de los mensajeros, rebautizados ‘motoqueros’, fue reconvertida en beligerancia porque conectó con plenitud con la idea que hegemonizó las interpretaciones sobre esas jornadas, y en esa línea sus acciones fueron etiquetadas (Becker, 2009) como épicas.

No obstante, el caso de los mensajeros difiere del de los jóvenes populares franceses: mientras que en este último la disputa se dio entre dos extremos de un mismo arco (sus prácticas fueron catalogadas o bien como ‘revolucionarias’, o bien como ‘pre-políticas’); en el caso de los mensajeros se trató de una coyuntura diferente. Las prácticas de estos trabajadores ‘jóvenes’ y ‘desinteresados’, compatibilizaron con un contexto de significación particular reforzando el sentido común. Por ende, la coyuntura peculiar de diciembre de 2001 exigía que estas prácticas no fueran habladas en el lenguaje político, porque, justamente esas eran las categorías denostadas: “que se vayan todos (los políticos), que no quede ni uno solo” se escuchaba gritar en las manifestaciones. Aún más: las asambleas que a posteriori de diciembre de 2001 crecieron en múltiples plazas y barrios del país, se configuraron claramente en contraste respecto de la sociedad política, como espacios ‘a-políticos’, libres de las ‘trampas’ de la política. De modo que fue la clave épica, y no la política, la que operó en el caso de los mensajeros, porque, a diferencia de los jóvenes franceses de la *banlieu* estudiados por Mauger, el lenguaje de la política no era viable en la Argentina de fines de 2001.

Por eso las prácticas de los mensajeros fueron reubicadas, en el contexto concreto de diciembre de 2001, en clave épica: sus acciones solidarias, desinteresadas, combativas, no partidarias, fueron un valor resaltable por el discurso del sentido común y, en esa línea, del de los medios. Sumado a ello, el estilo de los mensajeros²⁸ era altamente noticiable, y por eso mismo conectaba con aquello que los medios concebían como relevante para sus públicos. En esa *clave de lectura* (Saville-Troike, 2005), que implica un modo metalingüístico de enmarcar y direccionar la decodificación, los mensajeros sintonizaron con una situación extraordinaria, con un tiempo por fuera de lo cotidiano donde la población se veía comprometida porque involucraba a los destinos de la nación en su conjunto. De este modo, los medios, que comparten y colaboran en construir la concepción hegemónica, capturaron y sobretrazaron las acciones de los mensajeros en las jornadas de diciembre de 2001; y en su necesidad de ‘balizar’ las lecturas de los receptores dirigieron la decodificación hacia ‘domicilios’ de significados conocidos (Hall, 1980). Como resultado de esta operación, los

mensajeros fueron calificados como héroes cívicos, y así, por esa vía, habilitados públicamente.

Y es que, a pesar de la opacidad de las operaciones mediáticas, o quizás como resultado de ellas, los medios contribuyen a poner en circulación representaciones de sujetos y/o grupos que obtienen, así, reconocimiento social. De ese modo colaboran en la adquisición de reputación de los sujetos involucrados, necesaria para pertenecer a la misma *comunidad moral* (Bailey, 1971) y para obtener el derecho a ser juzgado con los mismos estándares morales que el resto de la sociedad.

En suma, los mensajeros fueron incluidos en una suerte de panteón junto con otros ‘héroes’ cívico-populares que participaron de las jornadas de diciembre de 2001. Reconvirtieron la politicidad cotidiana de la práctica de fletear en práctica de combate a partir del escenario de actuación. Luego, sobretrozada épicamente por los medios y traducida en un rótulo, “motoqueros”, éste es re-apropiado por los mensajeros como pieza de su ajedrez, utilizable de modos estratégicos en situaciones específicas. Aunque es necesario advertir, para no caer en reduccionismos, que de la reputación recibida por los mensajeros en ese momento, sólo queda un débil resplandor que coexiste actualmente con representaciones vinculadas al tránsito urbano, la convivencia en la cuadrícula urbana y hasta la construcción de la figura del ‘motochorro’ asociada a ellos.²⁹

No obstante, cuando los mensajeros se presentan públicamente se auto nombran ‘motoqueros’, una categoría que fue incorporada en la presentación de sí para iluminar su potencial de insumisión. El ‘motoqueros’ opera así como un fiscal mudo de quienes fueron un día y, simultáneamente, una amenaza respecto de quienes pueden llegar a ser si las circunstancias lo ameritan.

Débiles resplandores

“La politicidad se constituye singular e históricamente, más allá de las idealizaciones a las que esa historia da lugar” (Semán, 2006: 163). Y si la historicidad implica tipos específicos de conflicto, estudiar casos concretos donde esa conflictividad se encarna y produce dinámicas socio-culturales, es ver a las personas, thompsonianamente, en la singularidad de su formación como sujetos históricos. Allí decido detener mi análisis, sin atribuir a lo observado otra cosa que exceda el estudio de esa singularidad.

Actualmente, y desde el punto de vista de los propios mensajeros, el ‘motoqueros’ activa una porción (acaso tan imaginaria como real) de lo que fueron, de lo que son, y sobre todo de lo que pudieran ser si el momento lo exige. Hubo ‘algo’ en las representaciones puestas a circular que hizo precipitar las identificaciones, e invitó a los mensajeros a ocupar un lugar que conectó con su *autocomprensión* (Brubaker y Cooper, 2001), una disposición ligada tanto a la dimensión cognitiva como a la emocional (la autocomprensión “nunca es puramente cognitiva; está siempre teñida o cargada afectivamente”, Ibid: 48). Y si bien este mecanismo puede estar producido, y suele estarlo, en y a través de discursos heteronormativos, es la experiencia de los sujetos la que acomoda las categorías identificatorias propuestas en un encuadre propio.

Tras las jornadas de diciembre, los mensajeros adoptaron el ‘motoquero’, rótulo

que solo usan en su presentación en sociedad. Es ese el resplandor que incorporaron a sus vidas.

Pero la obtención de este resplandor no hubiera sido posible sin modos de agenciamiento que fueron previos a esa salida específica a las calles en 2001: en el peor momento del ciclo neoliberal de los '90, el de la flexibilización laboral, se 'inventaron' un trabajo. Y no cualquier trabajo sino uno que, además, les gusta porque (imaginaria o realmente) les da un plus con las mujeres, les permite estar en la calle todo el día, abrirse paso entre los tiempos del patrón, eludir vigilancias y, de ese modo, mantenerse relativamente fieles a sus propios valores. Fue este formato de trabajo el que les permitió estar en un 'meollo cívico-político' que ocurrió un miércoles y un jueves, días laborables; y en el espacio que recorren todos los días. Estaban ahí, en la calle, con sus vehículos y una politicidad amasada en la propia rutina laboral. Como corolario, terminaron siendo héroes, y por si fuera poco, con un panteón de muertos.

Por eso Mario ya no necesita envidiar a su abuelo por el 17 de octubre del 45, ni a su padre por Ezeiza del 73. Ahora también él tiene su 20 de diciembre de 2001.

* *María Graciela Rodríguez*, Doctora en Ciencias Sociales por la UBA. Profesora Asociada de la UNSAM y Adjunta de la UBA. Dicta seminarios en grado y posgrado en UNSAM, UBA, UNLP y UNC. Dirige en el IDAES la Maestría de Sociología de la Cultura, y co-coordina el Núcleo de Estudios sobre Comunicación y Cultura del IDAES-UNSAM. Contacto: mgrbanquo@gmail.com

Notas

¹ Hablar de 'mensajeros en moto' no hace completa justicia a quienes realizan esta actividad laboral. Muchos de ellos hacen mensajería en bicicleta, lo cual se ha ido incrementando en los últimos años, especialmente en aquellas zonas urbanas donde los itinerarios son cortos. Se estima que aproximadamente entre 20.000 y 50.000 mensajeros en moto recorren las calles de la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense. La actividad comenzó hacia fines de 1990. Los datos fueron reconstruidos a partir de testimonios orales, artículos periodísticos y fuentes informales como blogs o sitios web.

² Me refiero a la revuelta cívica del 19 y 20 de diciembre de 2001, que sacudió profundamente a la Argentina, en tanto punto máximo de la radicalización de una crisis que fue tanto económica como político-institucional.

³ En esta presentación usaré la cursiva para señalar tanto los términos nativos como los conceptos teóricos. Estos últimos, además, van acompañados del apellido del autor

y el año de edición. Advierto que, en ambos casos, sólo utilizaré la cursiva la primera vez.

⁴ Al internarme en el terreno de la vida cotidiana de los mensajeros y explorar las diversas dimensiones que traman la vida laboral cotidiana, observé que estos trabajadores comparten unos valores que engloban prácticas, representaciones y discursos referidos a *la autoridad, la jerarquía y el poder* (Isla, 2006) enlazados a partir de tres elementos concretos: la confrontación a un contramodelo ideal, encarnado en el modelo 'traje y corbata'; la remisión a un igualitarismo más ideal que real, ligado a escenas de equiparación jerárquica (O'Donnell, 1984); y la producción de *tácticas de antidisciplina* (de Certeau, 1996) témporo-espaciales urbanas. Mi hipótesis es que esos tres elementos se desplegaron de una manera superlativa en las jornadas de diciembre de 2001. Para ampliar sobre estas cuestiones ver Rodríguez (2008).

⁵ Soy consciente de que la expresión "vidas pequeñas" puede ser interpretado como una

calificación peyorativa. No obstante, y como se desprenderá de la presentación, la intención es exactamente la inversa: se trata de desovillar las tramas minúsculas de las vidas cotidianas, donde (y este es el objetivo de este artículo) es posible hallar huellas de prácticas políticas. En ese sentido, la elección del adjetivo “pequeñas” pretende crear, precisamente, un efecto de contraste para poner en tensión la idea de que las prácticas políticas solo serían compatibles con unas “vidas extraordinarias”.

⁶ Estas reflexiones nunca se produjeron en soledad: sin la lectura atenta y la mirada crítica de María Cecilia Ferraudi Curto, todavía estaría viendo dos actores.

⁷ Al igual que los de los mensajeros, los nombres de los sindicatos, gremios y agrupaciones también han sido cambiados.

⁸ Fuente: Vales, Laura: “El sindicato de los motoqueros, Los combativos”, *Página 12*, 3 de noviembre de 2002, disponible en www.pagina12.com.ar.

⁹ Klener Hernández, Luis: “Motoqueros del Apocalipsis”, en *Punto Final*, s/f, disponible en www.puntofinal.cl/516/argentina.htm

¹⁰ La nota, que salió en *Azul Noticias*, el noticiero de Azul TV, actual Canal 9, se titula: “Furia de motoqueros. Puente Pueyrredón. Tiros y fuegos en medio de una protesta”.

¹¹ La agrupación HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) fue formada en 1995. Para más datos ver <http://www.hijos-capital.org.ar/>

¹² Este activista de base, a quien llamo aquí Mataco, fue un militante popular que, tras una periplo de empleos precarios, terminó dando clases en una escuela de formación profesional, y más adelante, a partir del gobierno de Néstor Kirchner, se desempeñó como funcionario estatal en el municipio donde residía. Simultáneamente nunca dejó de administrar un comedor comunitario en Ezeiza. Su compromiso político había comenzado tempranamente, cuando militaba en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) junto con su hermana y su cuñado, ambos desaparecidos durante la

dictadura militar de 1976-1983. Murió de cáncer en mayo de 2014.

¹³ La historia es conocida: Martín Galli era un mensajero que el 20 de diciembre de 2001 recibe un balazo en la cabeza. Es asistido con respiración boca a boca en plena calle por el mencionado dirigente, quien no desiste de su ayuda hasta que consigue que Galli sea trasladado al Hospital Argerich. El hecho de que Martín Galli usara rastas es hasta hoy resaltado en las recuperaciones de los relatos de esas jornadas publicados por los medios cada diciembre. Desde la narrativa de los mensajeros, la historia presenta no solo un costado épico sino también otro mítico: dicen que “el matete de las rastas” amortiguó el impacto de la bala en su cráneo.

¹⁴ Casi todos los mensajeros que conocí habían comenzado su trabajo como tales a partir de algún suceso fortuito pero definitivo: un accidente, la salida de la conscripción militar, la llegada de un hijo, la indemnización por despido. En el caso de Enrique, por ejemplo, se produjo a partir de un accidente que tuvo trabajando como cartero: “Me chocó un coche. Caí, me rompí la cabeza contra el asfalto, me quebré la clavícula y un corte en la pierna (...) Y ahora estoy por mi cuenta. Después del accidente, ahí se me ocurrió la brillante idea de comprarme una moto”. Para ampliar ver Rodríguez (2008).

¹⁵ La caravana en moto a Ramallo, ciudad de donde era oriundo Gastón Riva, el mensajero asesinado el 20 de diciembre de 2001, es un ritual que se realiza todos los años desde diciembre de 2002 en alguna fecha cercana al 20 de diciembre. Ese día es el “Día del motoquero”.

¹⁶ Solo por dar un ejemplo, Mario y Ricky-Urbano trabajaban, en ese momento, en una empresa de contenidos audiovisuales. Habían presentado una lista con la cual ganaron ampliamente las elecciones internas de los trabajadores de la empresa, constituyéndose así en delegados ante el Sindicato Argentino de Televisión (SAT), al cual habían tenido que afiliarse con anterioridad.

¹⁷ Apócope de troskistas utilizado informalmente como forma de degradación.

¹⁸ Personería gremial Nro. 1804 que consiguieron en 2009, a través de la Resolución del Ministerio de Trabajo Nro. 633/09.

¹⁹ Aldo apareció en el medio de un asado, vestido completamente de negro, con anteojos oscuros y guantes de cuero sin dedos, un celular al cuello, dos handies y una petaca con cigarrillos. Urbano lo calificó como “un payaso”. Las versiones de los mensajeros decían que a Aldo lo había puesto como secretario general del Celeste y Blanco un jerarca sindical. Según Ricky-Urbano, Aldo “no tiene idea del fleteo”; se compró la moto cuando fue puesto al frente de la agrupación y salió a hacer viajes “para mostrar que conoce del tema”. Calificarlo como un “tipo de traje y corbata” es casi un insulto desde el punto de vista de los mensajeros, para quienes ese calificativo implica lo opuesto de lo que ellos pretenden ser. Lo interesante del caso es que, a pesar de lucir exagerada aunque correctamente como motoquero, Aldo es considerado un impostor, que ocupa de modos inauténticos un lugar que nunca se ganó; fue impuesto por los burócratas y es por eso un ‘tipo de traje y corbata’.

²⁰ Aldo comenzó su oratoria después de la de Mario. Apenas empieza a hablar, dice que él no conocía a “Gastón Rivas”. “Riva”, se escucha fuerte la voz de Ricky-Urbano, corrigiendo al impostor. Aldo se disculpa, mira a los familiares y continúa. Dos veces más a lo largo de su discurso, el entonces secretario general del Celeste y Blanco cometió el mismo error al nombrar el apellido del mensajero asesinado: Rivas en lugar de Riva. Pero Ricky-Urbano ya no lo corrigió. Sin embargo, fue una suerte estar enfrente de él, porque la breve e ínfima mueca que hizo con la cara fue mucho más elocuente que cualquier palabra, al menos para quienes estábamos atentos a sus gestos.

²¹ Las 20 verdades peronistas son un compilado que expresa la base de la doctrina justicialista. Para ver más <http://www.galeon.com/doctrinaperonista/album623155.html>.

[com/doctrinaperonista/album623155.html](http://www.galeon.com/doctrinaperonista/album623155.html).

²² Las 62 Organizaciones es una agrupación de sindicatos cuyo origen se encuentra en un Congreso Normalizador de la Confederación General del Trabajo (CGT) de agosto de 1957, que fue convocado por el gobierno dictatorial que había derrocado a Perón con el objetivo de elegir a las autoridades que reemplazarían al interventor de la CGT. Su nombre resulta de la cantidad de asociaciones gremiales que la conformaron inicialmente, si bien su número ha ido cambiando con el tiempo.

²³ Mi intención dista de pretender discutir, ni aquí ni en ningún otro lugar, definiciones, taxonomías o tipologías de lo que serían prácticas políticas, sino sólo poner por escrito los resultados de un registro analítico producido sobre mis propias argumentaciones, válido, además, y por el momento, para los mensajeros del AMBA.

²⁴ Con esto no estoy afirmando que esos tres elementos son los únicos que intervienen en la construcción de su subjetividad. Más bien intento recortar e iluminar tres dimensiones donde se fraguan unas modalidades particulares de negociación y confrontación identitaria. De hecho gran parte de su identidad como mensajeros gira alrededor de la atracción (real o supuesta, no tiene importancia) que aseguran posee la moto en la conquista amorosa; otro eje significativo en la modulación de sus identidades está dado por el consumo de sustancias alteradoras de la conciencia. Aunque importantes, ni su presencia ni su ausencia modificaron la secuencia analítica que despliego aquí.

²⁵ Resalto el hecho de la clave local en la cual reparé sobre el uso de distintas variedades de categorías asociadas a politicidad, porque en verdad el mismo término requeriría la reposición histórica de una biblioteca académica universal que ha producido diversas interpretaciones y afirmaciones sobre el tema. Rastrear la historia teórica y consignar la problematización de la categoría de poli-

tividad implicaría sumergirme en una búsqueda que, a los efectos del argumento que presento aquí, considero excesiva. Sí me importa señalar la dificultad que presenta el uso de este término que, en su simpleza, pretende conjugar una dimensión no siempre observada en la vida cotidiana de los sujetos; y que, simultáneamente, parece resbalarse de los anaqueles de las Ciencias Sociales sin nunca adquirir estatuto pleno. Posiblemente, una discusión sobre esta cuestión ameritaría una monografía autónoma. Agradezco a Pablo Semán por esta observación.

²⁶ Unos años antes Auyero (2001) ya había planteado que, desde el punto de vista de los actores populares, la política es una práctica cotidiana, lo cual podría asimilarse, en principio, con lo propuesto por Merklen. Sin embargo, seguidamente postula que le

interesa describir cómo “la política se entremezcla en la vida cotidiana de la gente” (Auyero, 2001: 40), con lo cual cae en aquello que se propuso evitar.

²⁷ Permítaseme advertir y sugerir que la co-presencia de dos modos distintos de comprender la capacidad de agencia, una objetivista (la de Grossberg) y otra subjetivista (en Ortner) implica, antes que un error analítico, una mirada sobre la *ambivalencia* del mismo objeto (Grignon y Passeron, 1991).

²⁸ Para ampliar sobre el estilo particular de los mensajeros, ver Rodríguez (2010).

²⁹ Pasado el ciclo de protesta (Svampa, 2004; 2005), las condiciones de recepción se modificaron: las agendas de los medios de comunicación nacionales comenzaron a privilegiar la cobertura de otros eventos, buscando alcanzar y acompasar las recomposiciones de sus lectores y/o públicos.

Bibliografía

Auyero, Javier: “La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Año VI, Nro. 8, junio, Buenos Aires, 2002.

Auyero, Javier: *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial, 2001.

Bailey, Frederick: “Gifts and poison”, en Frederick Bailey (ed.) *Gifts and Poison: the Politics of Reputation*, Oxford: Basil Blackwell, 1971.

Balbi, Fernando y Rosato, Ana: “Introducción. Representaciones sociales y procesos políticos”, en Ana Rosato y Fernando Balbi (eds.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires: Antropofagia-IDES, 2003.

Becker, Howard: *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick: “Más allá de ‘identidad’” (30-67), en *Apuntes*, N° 7, Buenos Aires, 2001.

Caletti, Sergio: “Repensar el espacio de lo público. Un esbozo histórico para situar las relaciones entre medios, política y cultura”,

Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, Nro. 23, Buenos Aires, 2006.

De Certeau, Michel: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Méjico: Universidad Iberoamericana, 1996.

Ferraudi Curto, María Cecilia: “Cuando vamos de piqueteros: aproximación crítica al concepto de identidad”, en AA.VV.: *La sociología ahora*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

Ferraudi Curto, María Cecilia: “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires”, en Daniel Míguez y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.

Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude: *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.

Grossberg, Lawrence: “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?”, en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

Hall, Stuart: “Encoding/Decoding”, en

Stuart Hall et al (eds.) *Culture, media, language*, Londres: Hutchinson, 1980.

Isla, Alejandro: "Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género", en Daniel Míguez y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.

Mauger, Gerard: *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*, Buenos Aires: Antropofagia, 2007.

McAdam, Doug, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.): *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 1999.

Merklen, Denis: *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires: Gorla, 2005.

Moreira, María Verónica: "Club social y deportivo: hinchas, política y poder", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.

O'Donnell, Guillermo: *¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*, Buenos Aires: CEDES, 1984.

Ortner, Sherry: "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna" (25-53), en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, 2005.

Nelly Richard y otros: "Desde Lima: una

conversación (inconclusa) sobre Estudios Culturales", en Nelly Richard (*En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, Santiago de Chile, ARCIS/CLACSO, 2010.

Rodríguez, María Graciela: "'Unos tipos de traje y corbata'. Estilo, trabajo y distinción en los mensajeros en moto de Buenos Aires", en *Horizontes Antropológicos*, Nro. 33, junio (121-143), 2010.

Rodríguez, María Graciela: "Escribir los bordes. Los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural", Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, inédita, 2008.

Saville-Troike, Muriel: *Etnografías de la comunicación*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.

Semán, Pablo: *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires: Gorla, 2006.

Svampa, Maristella: *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires: Taurus, 2005.

Svampa, Maristella: "Relaciones peligrosas. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros", en *El Rodaballo*, Año 10, Nro.15, 2004.

Swartz, Marc, Turner, Victor y Tuden, Arthur: "Introduction" (1-48), en Marc Swartz, Victor Turner y Arthur Tuden (eds.): *Political Anthropology*, Chicago: Aldine, 1966.